

## De Gaulle, escritor

4—Jorge Luis Borges (1979): «Poética de la vigilia: las voces distantes del sueño y la memoria», por Dónoan; «Borges, él mismo», por Carlos Meneses; «Los dos Borges desde su palabra», por María Payeras; Jorge Luis Borges, o el sueño dirigido y deliberado de la literatura», por Teodosio Fernández; «Bibliografía de y sobre Jorge Luis Borges», «Cronología de Jorge Luis Borges».

5—Gerardo Diego (1979): «Imagen múltiple... la creación», por Dónoan; «Imagen incompleta de Gerardo Diego», por Arturo del Villar; «Gerardo Diego: poética y poesía», por F.J. Díez de Revenga; «La poesía de Gerardo Diego», por Angel Crespo; «En torno a la bibliografía de Gerardo Diego», por F.J. Díez de Revenga; «Bibliografía de y sobre Gerardo Diego»; «Cronología de Gerardo Diego».

9—Rafael Alberti (1983): «R. Alberti, poeta de las transformaciones. Imágenes de mar y de luz», por Dónoan; «Travesías de Rafael Alberti», por Ana Rodríguez Fischer; «Rafael Alberti, entre el clavel y la espada», por Benjamín Prado; «La poesía de Rafael Alberti», por Francisco J. Díaz de Castro; «Bibliografía de y sobre R. Alberti»; «Cronología de R. Alberti».

10—Ernesto Sábato (1984): «La novela como indagación de la condición humana», por Dónoan; «Sobre abandonos y fidelidades», por Marina Gálvez Acero; «Conversación con Ernesto Sábato», por Mónica Liberman, Luis García Martín y Arnoldo Liberman; «Ernesto Sábato: lo mágico y lo lógico», por Trinidad Barrera; «Bibliografía de y sobre E. Sábato»; «Cronología de E. Sábato».

11—Gonzalo Torrente Ballester (1985): «La imaginación en libertad»; «Torrente Ballester: casi una vida», por Alicia Giménez Bartlett; «De como Dafne habita en los ensueños», por Isabel Criado; «El cervantismo de Gonzalo Torrente Ballester», por Darío Villanueva; «Bibliografía de y sobre Gonzalo Torrente Ballester», por Carmen Becerra.

12—Antonio Buero Vallejo (1986): «En la tragedia late la esperanza. Reportaje biográfico», por Luciano García Lorenzo; «Buero Vallejo y el teatro», por Mariano de Paco; «El más fascinador de los juegos (El teatro de Buero Vallejo y su incidencia social)», por Ricard Salvat i Ferré; «Bibliografía de y sobre Antonio Buero Vallejo», por Mariano de Paco.

13—Carlos Fuentes (1987): «El encierro del ser. La aventura mítica: riesgo, apertura y libertad», por Dónoan; «Carlos Fuentes: biografía personal e intelectual», por F. Javier Ortiz Vázquez; «Mantener un lenguaje o sucumbir al silencio (Entrevista a Carlos Fuentes)», por María Victoria Reyzábal; «Carlos Fuentes o la conciencia del lenguaje», por Teodosio Fernández; «Bibliografía de y sobre Carlos Fuentes»; «Cronología de Carlos Fuentes».

14—María Zambrano (1988): «María Zambrano: el pensamiento como vocación», por Dónoan; «María Zambrano», por Julia Castillo; «Símbolos de María Zambrano», por Antonio Colinas; «De divina inspiratione (desde el pensamiento de María Zambrano)», por Antoni Mari; «La Visión 2.ª: el Método de María Zambrano y la tradición filosófica y gnóstica en Occidente», por Jesús Moreno Sanz; «Bibliografía de y sobre María Zambrano»; «Cronología de María Zambrano».

Todos los libros incluyen el discurso de cada autor en la entrega del Premio Cervantes, hallándose en preparación los volúmenes dedicados a Juan Carlos Onetti, Octavio Paz y Luis Rosales.

Al igual que casi todos sus grandes contemporáneos y compañeros de armas, De Gaulle escribió sus recuerdos de la contienda mundial: *Memorias de guerra*. Pero al contrario de la mayoría de aquéllos, el general no fue un escritor ocasional o esporádico. En puridad, su destino literario fue excepcional entre los jefes políticos y militares de su tiempo y aún de todo el mundo contemporáneo. Ninguna razón impide otorgarle la plena ciudadanía en la república de las letras, en la que ocupó, como crítico y autor, un lugar descollante.

Aunque apasionado por su profesión, gustos, admiraciones y, a veces, incluso, hasta preferencias le hicieron habitar con mayor comodidad y familiaridad el terreno de las Musas con respecto al de la Milicia. Desde muy joven siguió con enorme curiosidad la marcha del universo literario del amanecer del siglo XX en un hogar en el que el culto a las figuras de las letras patrias lindaba con la idolatría. Pronto, también, comenzó a emborronar cuartillas con sueños de honor y gloria para el país de los galos, materializados luego en buena parte...

Al regresar del cautiverio en Alemania, su pluma empezó a frecuentar revistas castrenses y otras de máxima audiencia como la entonces en su cenit *Revue de deux Mondes*. El prestigio adquirido en este campo impulsó a su «patrón», el mariscal Pétain, a encomendarle, junto con ciertos trabajos menores, varios capítulos de una historia del ejército francés que habría de firmar en solitario el vencedor de Verdún. Precisamente de la dis-

crepancia surgida entre ambos a propósito de tal autoría nació un divorcio que el tiempo no hizo más que ahondar.

En 1927, tras algunas salidas al campo literario con obras menores como *La discorde chez l'ennemi* (1924), De Gaulle escribió su primer gran libro, aparecido un lustro más tarde. Sus calidades estilísticas no desmerecían del rigor de su discurso y de la oportunidad de su temática. El leve dejo arcaico de su prosa, con sabor del *Grand Siècle*, apuntaba ya como una de sus principales características. La marmórea rotundidad de sus párrafos traía igualmente al recuerdo los clásicos greco-latinos, lectura recurrente de un De Gaulle impregnado por el estilo y talante de César. Así lo manifiesta el siguiente retrato del famoso intendente de Luis XIV Louvois, que es más bien un autorretrato: «Obstiné dans le dessein, il fait pourtant preuve de souplesse. Ardent à préparer, il sait attendre son heure. Dépourvu de scrupules quant aux moyens, il les choisit simples et opportuns. Sévère pour les hommes sans les mépriser, lucide mais non sceptique, sans illusions mais non sans foi... s'éclairant de rapports et jugeant lui même, provoquant le conseil mais jaloux de la décision... ne vivant que pour son oeuvre, passionné d'autorité, disposant du temps, étoffe des grands entreprises, à la fois hardi et patient». O en este otro párrafo, de sabor quizás más tacitano: «La pasión de actuar se acompaña por sí misma, evidentemente, de una cierta rudeza en los procedimientos. El hombre de carácter incorpora a su persona el rigor propio del esfuerzo. Los subordinados lo experimentan y, algunas veces, lo sufren. Por otro lado, un jefe con carácter permanece distante, ya que la autoridad no se produce sin prestigio, ni el prestigio sin alejamiento. Por debajo de él, se murmura en voz baja sobre su altura y sus exigencias. ¡Pero, una vez en acción, cesan las censuras! Las voluntades, las esperanzas se orientan hacia él como el hierro hacia el imán. Cuando se origina la crisis, es a él a quien se busca, quien levanta la carga con sus propios brazos, a riesgo de que se le rompan, y la lleva sobre su espalda, aun cuando esté maltrecha. Recíprocamente, la confianza de los pequeños exalta al hombre de carácter. Se siente obligado por esa humilde justicia que se le rinde. Su firmeza crece paulatinamente, pero también aumenta su benevolencia, ya que ha nacido con deseos de proteger. Si triunfa, distribuye con esplendor los beneficios, y en el caso de sufrir un revés, no

admite que los reproches desciendan hasta los que están bajo él. Se le paga con aprecio lo que él brinda en seguridad». (*El filo de la espada*, trad. de Salvador Balcells, Barcelona, 1961, pág. 36).

Casi sin censura vio la luz en 1934 *Vers l'armée de métier*. Su corta venta —unos setecientos ejemplares— privó al libro del éxito al que parecían destinarlo la palpitante actualidad del asunto, la fuerza y equilibrio argumental en un terreno siempre vidrioso y resbaladizo, así como la madurez de su estilo. Con todo, la obra llegó a la mesa de lectura de un activo e inconformista político sobre el que habrían de recaer en 1940 las supremas responsabilidades, Paul Reynaud...

Poco antes se publicaría *La France et son armée*, compuesta esencialmente por los capítulos que once años atrás De Gaulle redactara por encargo de Pétain, según ya se mencionó. Valiosas por la profundidad de pensamiento y la destreza de la ambientación, sus páginas son quizá de inferior calidad a las que salieron de su pluma en esta misma década de los treinta. Su mensaje era claro: vigorizar el cuerpo y el espíritu del ejército francés —al que el libro estaba dedicado— frente a una prueba que el coronel De Gaulle creía inmediata e ineluctable.

Hasta que redactara a fines de los cuarenta en su autoexilio de Colombey-des-Eglises los tres tomos de sus *Memorias de guerra* ninguna obra mayor salió de su pluma. No por ello, ésta descansó. Extensos informes e innumerables notas para uso personal y ajeno llenaron sus horas de escritor en los años que precedieron, tal y como él lo había anunciado en el desierto, al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Junto a ello no hay que olvidarse de su vertiente de epistológrafo, cultivada de modo asombroso por su cantidad y calidad. Las cartas del general son, en efecto, el mejor espejo quizá de unas envidiables cualidades literarias. Belleza austera —hecha de concisión y hondura— y sobrio intimismo —en el que el tono cálido y personal se encuentra velado por el permanente control y el tributo a las normas sociales— prestan a sus cartas un aire inconfundible, junto con un peso estilístico y, muchas veces, incluso, doctrinal.

En la propia contienda, De Gaulle siguió fiel a los autores franceses, de uno y otro bando..., satisfaciéndole en particular la lectura de la novela *Los conquistadores*, de su futuro ministro de cultura, André Malraux. Llegada la paz, desengaños y contrariedades hallaron un antídoto

en la prosecución de la obra literaria y en la atención fiel al mercado de novedades parisinas, ya en sus últimos esplendores como dictador de la moda y principal bolsa de valores. Todos sus visitantes durante la «travesía del desierto» recuerdan sus invariables apostillas y comentarios a los principales libros del momento, fuesen de Mauriac, de Sartre, de Raymond Aron o de André Maurois.

Después, en la presidencia de la V República, mostró una diligencia particular por el fomento y defensa de la cultura gala. La Academia y el Instituto, refugio de algunos de sus más encarnizados enemigos —Gaxotte, Weygand, Carcopino—, serán enaltecidos y mimados. En 1960 frente a la resistencia de parte del Consejo de Ministros, hizo cuestión personal la concesión al autor de *Nido de víboras*, «el más grande escritor francés vivo», de la más alta condecoración del país. Todas las obras enviadas al Elíseo por las plumas más cotizadas de la época recibían un juicio perspicaz, y a menudo extenso, por parte de un estadista que lograba reservar varias horas de su jornada a la lectura meticulosa de prensa y libros. Con espíritu de cuerpo, cuando en 1968 el ministro del Interior pretendiera encarcelar al autor de *La náusea*, respondería con un definitivo: «No se aprisiona a Voltaire...»

Concluida abrupta y voluntariamente su segundo septenario, la redacción de las memorias de la posguerra absorbió todo su tiempo. Días antes de morir, el primero de los dos volúmenes que constituirían, en sus planes, esta segunda y definitiva entrega de sus memorias, se convertiría en un *best-seller* nacional y mundial. El negro pájaro de la muerte cortó su diálogo con Clío cuando apenas ésta le había inspirado unas páginas —dos capítulos— del segundo tomo, titulado, según su estilo inconfundible, como un clarín de exigencia y fe en los destinos de Francia, *El esfuerzo*. Las Armas —por la paz— y las Letras volvían a hermanarse en la hora suprema de un hombre que apostara siempre por su unidad al servicio de un mundo más racional y armonioso.

**José M. Cuenca Toribio**

## La literatura como transgresión\*

Estas dos novelas de Nélida Piñón interesan en cuanto que nos acercan al mundo narrativo de esta escritora brasileña, considerada como la más inmediata seguidora de Clarice Lispector, lo cual equivale a decir que es una de las mejores narradoras de su generación.

A pesar de las notables diferencias entre las dos novelas mencionadas, las recurrencias, los puntos en común, las coincidencias temáticas son tan evidentes que permiten establecer unas características generales en el universo narrativo de esta escritora azarosa, lucidamente extraviada en un espacio en el que realidad y literatura, lo narrado y lo vivido, son sombras iguales que enmascaran siempre una verdad que al resultar tan difícil de descubrir y tan fácil de ocultar, convierten a la realidad en uno de los misterios más indescifrables.

Nélida Piñón, dedicada exclusivamente a la creación literaria, deja constancia en sus novelas de su obsesiva preocupación por su trabajo: el quehacer literario, la escritura, el método, el estilo, los entramados y entresijos de la novela, en definitiva: una reflexión sobre el arte. Para la autora de *La dulce canción de Cayetana*, la escritura es un placer doloroso, pero también «un oficio sin mayores atractivos», como irónicamente afirma uno de los personajes. Este placer doloroso hace referencia, sobre todo, a la soledad del escritor como sostiene otro de los personajes al decir que «todo contador de histo-

\* Nélida Piñón: *La dulce canción de Cayetana*. Edit. Mondadori. Madrid 1990. 400 págs. «La fuerza del destino». Edit. Versal. Barcelona 1989. 141 págs.